

# Medios y crisis política: el caso ecuatoriano

Gabriela Córdova\*

## Un tratamiento contrapuesto

Uno de los aspectos en que mejor se evidencia el proceso de globalización, es aquel que nos hace sentir individualmente parte de un mundo global. Nos referimos a la influencia creciente de los medios de comunicación en nuestra vida.

Nos sentimos ciudadanos del mundo en la medida en que nos suponemos informados de lo sucede en nuestro entorno, y ese entorno ha ido creciendo hasta abarcar las dimensiones del planeta. Cómo a los periodistas les gusta repetir, gracias a la tecnología del vivo y en directo, hoy podemos ser testigos de las Olimpiadas, del campeonato mundial de fútbol, pero también del bombardeo a Kabul, de una guerra en el Golfo Pérsico o de un golpe de Estado en Quito o en Caracas.

De la mano de la revolución científica y tecnológica, la comunicación de masas contemporánea no solo se ha convertido en una de las industrias que mayores capitales mueve en el mundo sino que ha rebasado el campo de la información, que tradicionalmente le fuera asignado. Y hoy podemos constatar que cuando mayor es la efervescencia social, mayor capacidad despliega el periodismo como actor de pleno derecho en el campo de la política.

En el caso ecuatoriano, dos experiencias relativamente recientes dan cuenta de este desplazamiento de las funciones de los mass-media. Por una parte, el papel jugado por los medios en el derrocamiento de Abdalá Bucaram, en febrero de 1997, tras solo seis meses de gobierno. Y, en segundo lugar, la forma como fue difundida la caída de Jamil Mahuad en enero de 2000.

Para quienes vivimos en una sociedad de la información, lo que difunden prensa,

radio y televisión determina la diferencia entre lo conocido y lo ignorado, pero también entre lo socialmente aceptado y lo impugnado. Y, a primera vista, estas dos transmisiones de hechos semejantes fueron tratadas de manera casi contrapuesta por los medios ecuatorianos.

Viernes negro, comedia bufa, pesadilla monstruosa, jornada trágica, golpismo, atentado contra la democracia. Así fue descrita la rebelión popular que, el 21 de enero de 2000, derrocó a Jamil Mahuad y reclamó para sí la conducción del Estado ecuatoriano y que fue encabezada por una organización indígena.

En contraste, la movilización realizada en febrero de 1997, que anunció el fin del gobierno de Abdalá Bucaram, fue llamada revolución de las conciencias, amanecer de la dignidad, carnaval multicolor, campanada democrática, plebiscito espontáneo del pueblo...

Por ello cabe preguntarse: ¿A qué obedece la distinta manera con que los mass-media socializaron ambos acontecimientos? ¿Por qué una movilización popular fue aclamada en 1997 y otra semejante fue estigmatizada en 2000?

Una primera respuesta puede encontrarse en la distinta naturaleza de los presidentes derrocados y su relación con los medios de comunicación de masas. En el caso de Abdalá Bucaram, fue un presidente proveniente de los sectores marginales y rechazado por la inmensa mayoría de medios, aún antes de que asumiera la Presidencia. En el caso de Jamil Mahuad, exitoso aspirante de la clase media, tanto en su gestión como Alcalde de Quito, como en su condición de primer mandatario, fue un sujeto mimado y acunado por esos mismos medios. En pocas palabras, frente al presidente repudiado, la movilización que lo derrocó fue aclamada por los medios. Ante el presidente reconocido, la movilización que lo impugnó fue la repudiada.

## **Generadores de climas de opinión**

Describir hechos, suscitar emociones, analizar sucesos y demarcar su sentido son funciones que la prensa realiza en cada noticia publicada, titular resaltado, fotografía impresa y editorial institucionalizado. Con esa dinámica, la retórica periodística plasmó, durante ambas caídas presidenciales, su capacidad persuasiva, generando productos que excedieron la particularidad informativa y se incorporaron como factores directos del proceso político.

En 1996-97, Ecuador fue inundado de publicaciones que desconocían el derecho de Abdalá Bucaram a ejercer la Presidencia de la República, pese a haber sido constitucionalmente electo. Cuestionado inicialmente por su discurso “vulgar” ajeno al ilustrado, luego fue impugnado por sus maneras “groseras” y su cuerpo propio de alguien que viene “de abajo”. Finalmente, opiniones y editoriales periodísticos lo marcaron como corrupto y acicatearon la movilización social para derrocar a un presidente que ya había sido marcado como ilegítimo. Este proceso apuntó a que los sectores movilizados adscribiesen a la sucesión resuelta por las élites dominantes y aceptada por su Congreso, aunque ésta estuvo reñida con la Constitución.

El segundo momento se da entre 1999-2000. Luego de ungir a Jamil Mahuad como exitoso candidato a la representación del poder, la prensa debió incorporarse al cuestionamiento a su mandato nacido del clamor nacional que protestaba contra la pérdida de soberanía territorial, la imposición de una base militar extranjera, la destrucción de la moneda nacional (con la dolarización) y la peor crisis económica que Ecuador conoció durante el siglo XX.

Una vez construido el clima de opinión que exigía la renuncia del presidente, abrió un espacio controlado para la movilización social que catalizó el derrocamiento. Por último, amedrentada por las dimensiones que adquirió la rebelión popular, clamó por la acción institucional que mantuviese el orden. Una vez más, restó importancia a la dudosa constitucionalidad de las formas que

revistió la sucesión.

Así, tanto en 1997 como en 2000, la producción periodística se orientó a preservar las formas en que los sucesos políticos debían ser re-conocidos, aquellas que demandaba la continuidad del establecimiento, aquello que suele llamarse estabilidad.

A partir de la idea construida de un enfrentamiento entre buenos y malos, la visión optimista precauteló la apromaticidad del statu-quo. El espectador se reconoció como miembro de la comunidad vencedora y volvió a someterse a la violencia simbólica que, por un instante, fuera resquebrajada por la incursión de elementos marginales en los escenarios privilegiados de la política ecuatoriana. Esto evidencia que el discurso encarnado por los mass-media es una cosa más que se agrega el mundo. Como tal, no sólo forma parte de la realidad sino que posee capacidad para transformarla. Por ello, informar se ha convertido muchas veces en coartada para orientar, dictaminar y exigir. Actores de pleno derecho, actualmente los periodistas son reconocidos como excepcionales testigos de cargo. Una noticia publicada, una entrevista concedida e, inclusive, un editorial reproducido, son aceptados como pruebas plenas por la justicia ecuatoriana. Los media han asumido funciones de acusadores, testigos, jurados y jueces. Todo ello en procesos más cercanos a la reproducción del prejuicio —que ellos mismos contribuyen a desatar— que a la normatividad jurídica de la República. Esa forma asumida por la vindicta pública es la que vuelto lugar común la aseveración de que en Ecuador "todos son culpables mientras no demuestren su inocencia". Una vez dictada la sentencia —basta para ello un amplio titular en un periódico de circulación nacional—, los media se encargan también de su ejecución. Pero no concluyen ahí las novedosas funciones de los comunicadores. Se ha impuesto, además, una modificación en los escenarios políticos. El plató televisivo o el consejo editorial de un periódico hoy son reconocidos como

espacios naturales para exigir o negar renunciaciones presidenciales, llegar a acuerdos partidarios, firmar convenios e, inclusive, realizar conteos electorales.

Desde 1996 —año que se dirimió la Presidencia de la República entre Abdalá Bucaram y el socialcristiano Jaime Nebot— más de un ganador fue proclamado en un estudio de televisión. Y, una vez gestada la opinión correspondiente, los resultados oficiales debieron adaptarse a esos exit-poll. Así, los media se potenciaron como supremos electores.

Algo más. Entrevistas en vivo y transmisiones en directo evidencian que la tecnología ha resuelto el problema de la ubicuidad del protagonista, pero también la de las armas. El 21 de enero de 2000, tropas, tanques y cañones acantonados a centenares de kilómetros de Quito fueron transportados a la capital en el tiempo de un discado telefónico. Transformada en soldado colectivo, la televisión proporcionó armas virtuales a los generales golpistas, contribuyendo a aislar a la rebelión popular.

Sin embargo, una sociedad no puede polarizar sus diferencias sin correr el riesgo de mostrarlas irreconciliables. De allí la importancia de los mediadores y, en los mencionados, los mass-media lo fueron por partida doble.

Entre 1996 y 2000, ante la amenaza creciente de subordinados irrumpiendo en espacios representativos del poder, -primero el marginal Bucaram y después el levantamiento indígena- la función de la comunicación de masas no se limitó a confiar en la eficacia de los representantes constituidos y en los partidos políticos tradicionales.

En los momentos de crisis, la gran prensa se mostró como actor político directo y asumió el papel de interlocutor privilegiado entre Estado y ciudadanía. El periodismo de élite se convocó a sí mismo para actuar como el fiel de la balanza que equilibra las exigencias de "los de arriba y los de abajo", evitando que la confrontación rebase los límites que el orden puede asimilar.

Entonces, el discurso periodístico estimuló la noción de que gobernantes y gobernados deben ceder en sus posiciones y alcanzar puntos de consenso. Retórica que presupone protagonistas en condiciones de igualdad, opacando el contexto de dominación en que se inscriben ellos y sus acciones. Esto explica también por qué se han olvidado ciertos sucesos y discursos. Como ejemplo basta anotar el silencio construido alrededor de las palabras que el líder indígena Antonio Vargas pronunciara desde el balcón de Carondelet, la madrugada del 21 al 22 de enero. Un discurso proclamado en idioma quichua, desde el mayor escenario del poder en Ecuador, por un subalterno que en ese momento se proclamaba miembro de una triunfante Junta de Gobierno, era en sí un acto subversivo. No podía ser recogido por la prensa, jamás fue traducido ni siquiera debería recordarse que existió.

### **Informadores o partidos del orden**

Deconstrucción de la imagen presidencial, estímulo a la movilización de masas, invocación a su vuelta a la institucionalidad, legitimación de la sucesión. Estas fueron las cuatro funciones básicas satisfechas por los mass-media durante los golpes de Estado de febrero de 1997 y enero de 2000.

En esa múltiple funcionalidad se concretó el paso de los media, de "independientes transmisores" de la realidad social, a actores directos capaces de cumplir con algunas actividades consideradas específicas de un partido político del orden.

Politólogos clásicos, como Samuel Huntington, consideran que reducir la complejidad de los intereses sociales, estimular la participación e institucionalizar a los sectores movilizados, son funciones que caracterizan a un sistema de partidos. Esa noción parte del supuesto de que "La estabilidad de cualquier sistema de gobierno depende de la relación que existe entre el nivel de

participación y el de institucionalización políticas".<sup>[1]</sup>

Estas palabras bien pueden servirnos para describir el papel desempeñado por los medios en situaciones de crisis social. Por ello, los partidos políticos se reconocen en esa dinámica institucionalizadora y terminan aceptando a los comunicadores como moderadores de la participación de las masas, a la vez que canalizadores de la socialización de los intereses de la cúpula dominante. Permanentemente, el establecimiento reclama de los media su contribución al mantenimiento de la estabilidad social y, al hacerlo, eleva el papel de los comunicadores como pilares del statu-quo. Las instituciones reconocen el carácter institucional de la gran prensa, representantes estatales y partidarios los aplauden como "mediadores sociales" y acaban subordinándose a ellos.

No obstante, la imagen de medios "independientes" aún se defiende y los periodistas todavía se vanaglorian de ella. Es que preservar el aureola de neutralidad con que el liberalismo ha revestido a sus instituciones, garantiza la reproducción de la violencia simbólica.

En ese sentido, la situación de la prensa ecuatoriana no difiere mucho de la que cumple la Función Judicial o las Fuerzas Armadas. Como colectivo, ni periodistas ni jueces ni militares pueden representar un interés distinto al dominante, a menos que antes se hubiera configurado una posición con fuerza suficiente para cuestionar la hegemonía imperante.

Allí se advierte un límite proveniente de la propia naturaleza de los mass-media. Anhelan la institucionalización de las masas a quienes ellos ayudan a movilizar, pero no pueden rebasar el escenario de la retórica periodística. Por sí solos, no son espacio de incorporación organizada de sectores sociales y, al suplantar a los partidos políticos en sus funciones, contribuyen a debilitar al sistema partidario en su conjunto. Y, al hacerlo, terminan obstaculizando el proceso de institucionalización que ambas instancias promueven.

Es que nadie comparte una naturaleza cualificante sin perder su identidad específica. El espacio abierto por el debilitamiento partidario es asumido parcialmente por los grandes medios de comunicación de masas, de allí que el establecimiento acepte su rol de jueces, de voceros de intereses y demandas de sectores económicos y sociales. Pero, esa misma aceptación se revierte en un incremento de la fragilidad del sistema de partidos y, con ello, de su capacidad institucionalizadora.

Convertido en círculo vicioso, este proceso explica el creciente temor por el destino de las estructuras oficiales de la política. Un buen ejemplo es la preocupación manifiesta por Sánchez-Parga cuando afirma que "a la progresiva despolitización mediática de la política ha correspondido la creciente politización de los mass-media, los cuales han abandonado su condición y modo de funcionamiento de 'contra-poder' para convertirse en un poder, que usurpa competencias políticas pero sin asumir las responsabilidades del poder político". [\[2\]](#)

## **Del derecho a la información al derecho a la comunicación**

Tradicionalmente, el derecho a la información se ha sustentado en la responsabilidad aceptada por el Estado de garantizar el libre ejercicio del periodismo, de generar condiciones para que la libertad de pensamiento y de expresión tengan vigencia, de abrir sus decisiones y documentación al conocimiento de la prensa. A cambio, se espera del periodista una actuación profesional que de cuenta en forma "oportuna, veraz y objetiva" de lo que sucede en la sociedad.

Esta relación se basa en la naturaleza privada de los mass-media, cuyo funcionamiento se supone liberado a las fuerzas del mercado (el rating) y donde el Estado debe limitarse a velar para que la competencia regule sus productos. Es

decir, hablamos de la comunicación como de una empresa más, donde el triunfo en la batalla mediática lo deciden los espectadores, constreñidos a la condición de consumidores informativos.

Sin embargo, al carecer de una competencia real desde el Estado ecuatoriano, los medios privados terminan cumpliendo el papel de instituciones oficiales.

Defensores de la continuidad del statu-quo, aunque no necesariamente de sus representantes.

Es que toda estructura discursiva es una estructura de poder –como afirma Foucault-<sup>[3]</sup> que se manifiesta y reproduce a través del habla. El poder circula a través del discurso. Lo cual nos lleva al problema de cómo definir a los sujetos de la comunicación, nuevamente un problema ligado al poder, es decir, a procesos de construcción y deconstrucción de la capacidad de ser y de serlo históricamente.

En condiciones de asimetría de los actores comunicacionales, insistir en entenderse, hablar para llegar a acuerdos a través del "mejor argumento" terminará imponiendo la visión del poderoso. De allí que existan palabras que se autoreproducen, otras que ya se han perdido y unas más que difícilmente rebasarán el momento presente.

### **Periodismo posible y periodismo deseable**

A modo de conclusión, podemos decir que aunque los mass-media no determinaron el derrocamiento de Jamil Mahuad ni el de Abdalá Bucaram, sí incidieron en ellos y, sobre todo, definieron las formas de su percepción social, a las que hoy recurre la memoria colectiva transformándolas en verdades históricas. En estas condiciones una pregunta se impone: ¿es posible otra forma de comunicación de masas? ¿es posible un periodismo que de cuenta de una información múltiple, respetuosa del distinto y sus posiciones? O, dicho de otra

manera ¿pueden los medios de comunicación distanciarse de la institucionalidad de la cual forman parte y del poder que la determina?

La información generada por los mass-media es una manifestación epidérmica de la realidad y, como tal epidermis, es parte integrante de esa realidad. Ni ajena, ni incorporada, menos aún superflua o prescindible. No existe acontecimiento fuera de su mediación, ni hecho que pueda socializarse sin haber sido connotado.

Hechos y mediaciones coexisten en un continuo del cual surge su construcción social de todo proceso político.

Sin embargo, esta verdad mediatizada no llega a suprimir la presencia de lo real. El carácter connotado, fragmentario y espectacularizado de la comunicación de masas no agota el hecho y éste puede ser rastreado en la información del suceso. De manera inevitable, en toda noticia está presente la huella del dominio, no como un hecho dado sino como un proceso en permanente circulación. Sin embargo, todo sendero posee un doble sentido, como se construye también puede deconstruirse. Por tanto, si la información es un espacio de producción del poder, también debe serlo de deconstrucción.

Eso puede explicar hechos que demuestran que la dinámica social es más fuerte que la mediación y que la fuerza de los mass-media es insuficiente para homogenizar las formas de recepción de la información y su creciente diferenciación.

Es que en el público aún se encuentra el pueblo y, por eso, en el acontecimiento mediático, junto a la huella del poder también puede presentirse aquello que se niega a reproducir la opinión dominante. Escenarios con agencia creciente, las formas de comunicación que se reproducen al margen de los medios de comunicación de masas podrían dar cuenta de procesos políticos que rebasan la mediación institucionalizada. <sup>[4]</sup>

Por ello, pese a la inmensa capacidad desplegada por los media para unificar la

comprensión social en los modelos que el orden requiere, la sospecha defiende su derecho a ser y la resistencia despliega formas particulares de comunicación. Es esa fragilidad en la capacidad de resolución institucional de los grandes medios de comunicación, la que nos obliga a evidenciar los límites de las certezas que el pensamiento académico provee y recuperar las dudas que la verdad mediáticamente construida no logra vencer:

¿Qué lógicas de recepción inmunizan a los de abajo frente a la información distribuida industrialmente por los media? ¿De qué manera la diversidad se reproduce a pesar del dominio homogenizador? ¿Cómo sobreviven entre los subordinados formas de comunicación que responden a una lógica de resistencia? ¿Por qué los mass-media no logran garantizar a la hegemonía en el poder la absorción de los bordes sociales?

Estas son preguntas cuya respuesta habría que buscarlas en la investigación de los procesos de recepción, volviendo la mirada al lector, radio-escucha o televidente como actores que recrean todo producto comunicacional y, por tanto, los fenómenos históricos en los que el interés social se reconstituye, resignificando cada mensaje.

Por ello, para el derecho a la comunicación es un reto el encontrar mecanismos que permitan que el reconocimiento a otras formas de conocimiento llegue a romper con la noción de un saber (es decir, de una sólo acción). Por lo tanto, suprimir la valoración de victoria y derrota como categorías legitimadoras de un discurso.

Buscar nuevos conceptos y herramientas para pensar y para comunicarnos es asumir conscientemente que todos conocemos desde un lugar social e histórico, es aceptar que existen dónde desde los cuales miramos y hablamos. Para el periodista esto se convierte en un imperativo. Hasta hoy, la noción de un periodismo veraz, objetivo y oportuno siempre supuso la recreación del saber

aceptado, del dominante. De allí la idea de la constatación, de la verificación de las fuentes, de la búsqueda de la disyuntiva verdad-mentira.

Aceptar la validez de múltiples saberes exige de una ética periodística que reconozca al Otro, sus intereses y posición de enunciación, a partir del reconocimiento de sí mismo, del interés y posición que el comunicador (como individuo y como institución) representa y ocupa en el movimiento social.

Quito, noviembre de 2002

---

\* Responsable de comunicación del Programa Andino de Derechos Humanos, PADH-UASB. Licenciada en Sociología, postgrado en Diseño de investigación sobre redes de información, magíster en Estudios Latinoamericanos, mención comunicación, de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador.

Ponencia presentada en el Foro: Medios y Crisis Política. Caracas, 22 de noviembre de 2002.

[1] Ver Huntington, Samuel, *El orden político en las sociedades en cambio*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 1968, p. 80

[2] Sánchez-Parga, José, "Los mass-media contra la opinión pública", *Ecuador Debate*, N° 46, CAAP, Quito, abril 1999, p. 73

[3] Ver Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Tusques Editores. Barcelona. 1980

[4] Estos procesos parecen confirmar la hipótesis más "vertiginosa" de Baudrillard: "Las masas despolitizadas no estarían más acá sino más allá de lo político. Lo privado, lo innombrable, lo cotidiano, lo insignificante, las pequeñas trampas, las pequeñas perversiones, etc., no estarían más acá sino más allá de la representación".

Ver Baudrillard, Jean, *Cultura y simulacro*, Editorial Kairos, Barcelona, 1993, p. 145